

los ó para defenderlos. Por la misma razon, la guerra no fué ni menos viva, ni menos constante, en el órden de las ideas, que en el órden de los hechos. Esta ignorancia hizo perecer el mundo de los Césares, como habia hecho perecer el mundo de los gigantes (1).

¿Por qué, desde hace cuatro siglos, el mundo moderno está en guerra intelectual y material? Porque no cesa de estar dominado por la ira. ¿Por qué no cesa de estar dominado por la ira? Porque le falta el don de ciencia; y faltándole este don, vuelve á ser pagana la estimacion que hace de las cosas, paganas vuelven á ser sus apreciaciones, paganos sus juicios, sus afecciones, sus tendencias, sus afirmaciones, sus negaciones, todo pagano. Examinada en su fondo ¿qué viene á ser la horrible confusion de que somos testigos? Segun la profunda palabra de la Escritura, no es otra cosa que la gran guerra de la ignorancia, *magnum insipientiae bellum*. (2).

Guerra de ideas, porque falta la ciencia divina; guerra de intereses, porque la ciega pasion de los bienes terrenales reemplaza al amor de los bienes espirituales; guerra del hombre contra Dios, porque no conoce la verdad; guerra del hombre contra el hombre, porque ya no conoce la caridad; guerra de todos contra todos, que acabará por catástrofes inauditas, á menos que no le ponga término el Espíritu de ciencia, reinando con la plenitud de su luz y de su fuerza? Y poner fin á semejante azote, conjurar tales desgracias, ¿no es nada? He aquí, sin embargo, el gran servicio que solo el quinto don del Espíritu Santo puede prestar al mundo.

1. Ibi fuerunt gigantes... statura magna, scientes bellum... et quoniam non habuerunt sapientiam perierunt propter suam insipientiam *Baruch*. III, 26, 28.

2. Sap. XIV., 22.

## CAPITULO XXX.

### EL DON DE FORTALEZA.

SUMARIO—Qué sea el don de fortaleza.—Diferencia entre la virtud de fortaleza y el don de fortaleza.—Lugar medio que ocupa entre los siete dones.—Los dos objetos del don de fortaleza: hacer y padecer.—Lo que el hombre debe hacer: reconquistar el cielo.—Tres enemigos que tiene que vencer; el demonio, la carne, el mundo.—Lo que el hombre debe padecer.—Debilidad del hombre.—Efectos del don de fortaleza, ya para hacer, ya para padecer.—Palabras de San Pablo.—Necesidad del don de fortaleza.—Su oposicion con la pereza.—Qué sea el espíritu de pereza.—Lo que obra.—Retrato del mundo, esclavo del espíritu de pereza

El don de ciencia es un magnífico suplemento de la razon. Es para el alma lo que el telescopio para el ojo. Por el conocimiento cierto y razonado de la verdad, nos comunica la sencillez de la paloma y la prudencia de la serpiente, neutraliza los sofismas de la impiedad, ilumina las ciencias humanas y las relaciona en una vasta síntesis. Por la rectitud que imprime al juicio, separa lo verdadero de lo falso, el bien del mal. Por la justa apreciacion de las cosas nos preserva de los encantos fascinadores del mundo y del demonio, de las ilusiones del espíritu, de los errores del corazon, manantial de tormentos y rencores, divisiones y desesperacion.

Resulta de esto, que el don de ciencia en la tierra, es la paz; si este don falta, sobreviene la guerra. Dos razones, sobre todo, debieran hacerlo más apreciable hoy que nunca; el entusiasmo por la ciencia, y la fascinacion producida por las bagatelas. Sin este don necesario, el sábio es un topo

cuyos ojos ofusca la luz, ó un niño balbuciente; y el hombre, cualquiera que sea, un tejedor de telarañas, un constructor de castillos de naipes.

Con todo, no basta conocer la verdad con claridad, ya sea en el orden sobrenatural, ya sea en el natural; el hombre necesita del valor de ser consecuente consigo mismo. Y debe ser grande este valor; porque la verdad exige frecuentemente rudos combates y la virtud costosos sacrificios. El Espíritu Santo ha provisto á esta necesidad con un nuevo don: la *Fortaleza*. El conocimiento de este nuevo beneficio dará respuesta á nuestras tres cuestiones: ¿Qué es el don de fortaleza? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Cuál es su necesidad.

1º ¿Qué es el don de fortaleza? *La fortaleza es un don del Espíritu Santo que nos comunica el valor de acometer grandes empresas por Dios, y la confianza de llevarlas á cabo á pesar de todos los obstáculos* (1). Entre el don de fortaleza y la virtud de la fortaleza, San Antonino marca cuatro diferencias.

Primera. Tanto el uno como la otra suponen cierta firmeza de alma, ya para hacer, ya para padecer; pero la virtud de la fortaleza tiene su esfera de acción limitada al poder humano y no se extiende más allá. El don de fortaleza tiene la suya á la medida del poder divino en el cual se apoya, según la palabra del profeta: *Con el poder de mi Dios saltaré la muraya*, es decir, venceré todos los obstáculos insuperables por las fuerzas naturales.

Segunda. La virtud de la fortaleza da al alma valor para arrostrar los peligros, mas no la confianza de arrostrarlos

1. *De mun fortitudinis est habitus in appetitu irascibili infusus, quo disponitur animus ad hoc quod perveniat ad finem cujuslibet operis inchoati et evadat quaecumque pericula imminantia: quod quidem excedit naturam humanam. Vig., c. XII, § 7.*

y evitarlos todos. El don de fortaleza hace lo uno y lo otro ya sea necesario hacer frente á grandes peligros, ya sobreponerse á grandes dificultades.

Tercera. La virtud de la fortaleza no se extiende á todo lo que es difícil. La razón es, porque la virtud de la fortaleza se apoya sobre el poder humano. Ahora bien, el poder humano no es el mismo para todas las dificultades; sino que según ellas son, se divide en facultades diferentes. Así, algunos tienen fuerza para vencer las concupiscencias de la carne, y no la tienen para arrostrar los tormentos y la muerte. Otra cosa es el don de fortaleza. Apoyándose en el poder divino como si fuera propio suyo, se extiende á todo y basta para todo. Job lo proclama en estas generosas palabras: *Ponme cerca de tí y venga á atacarme quien quiera*

Cuarta. La virtud de la fortaleza no siempre consigue el fin en sus empresas; porque no depende del hombre llegar al objeto de sus obras y evitar todos los males y peligros: la prueba está en que acaba por sucumbir muriendo en ellos. El don de fortaleza verifica todas estas maravillas consoladoras. En efecto, por las obras generosas que al hombre hace realizar, lo conduce á la vida eterna que es el fin de todas las empresas y la victoria de todos los peligros. Glorioso resultado que lo llena de una confianza que excluye todo temor contrario, y que San Pablo celebra diciendo: *Todo lo puede en aquel que me conforta* (1). Tal es el don de fortaleza en sí mismo. Resta mostrarlo en sus relaciones con los otros dones y en los efectos que produce.

2º ¿Cuáles son los efectos del don de fortaleza? Ya se

1. *S. Anton., iv p., tit. XIII, c. 1 —S. Th., 2. 2, p. 139, art. I, Vig., ubi supra.*

cuenta subiendo, ya descendiendo, el don de fortaleza ocupa el cuarto lugar entre los dones del Espíritu Santo. Está colocado en el centro de este brillante cortejo como un rey en su trono, ó como un general en medio de sus oficiales. Dos razones explican el lugar que le está designado. Por una parte, entre todas las obras divinas, las que más llaman la atención son las obras de fortaleza; por otra, el don de fortaleza protege á todos las demás dones y los reduce á actos. Por ellos, por su conservacion y su gloria libra continuos combates. Si el reposo interior es obra de todos los dones, la accion exterior pertenece al de fortaleza (1): Y como sus dos objetos son *hacer y padecer*, realizar ambas cosas con valor y perseverancia, son los dos efectos que produce.

Hacer. El don de fortaleza, hemos dicho, comunica el valor de emprender grandes cosas. ¿Cuáles son? Si no se tratase más que de ciertas acciones ruidosas, ajenas á la vida ordinaria de la mayor parte de los hombres, no seria de muy alto precio el don de fortaleza, porque rara vez seria necesario; y sin embargo, es indispensable para la salvacion, como todos los demás. ¿Cuáles son las grandes cosas á que se aplica? Para conocerlas basta con estudiar la cuestion siguiente: ¿Qué es el hombre?

El hombre es un rey destronado que va en busca de su trono. Que el hombre fué creado rey y que cayó de su dignidad real, es una verdad que se encuentra escrita en la primera página de la historia de todos los pueblos. Este es

1. Quartus idemque medius septem spiritum Dei, et velut in quodam sedens principatu, praedicatur Spiritus fortitudinis. Et recte. Nam inter caetera Spiritus Sancti opera, opus fortitudinis magnum et mirifium est. Spiritus fortitudinis magis est in actu et foris operatur sive praeliando sancta illis otia componit. *Pu- bert., De oper. Spir. Sanct., lib. IV, c. 1.*

el dogma que están revelando siempre y á todas horas, aun á aquel que lo niega; la lucha intestina del bien y del mal, la coexistencia de sublimes instintos y de innobles pasiones en un mismo corazon. Que el hombre esté llamado á reconquistar su reino; es otra verdad no ménos cierta que la primera.

Sobre ella descansan la religion y la legislacion de todos los pueblos, porque en ella se asienta la distincion del bien y del mal. El bien es el que conduce al hombre á su rehabilitacion, el mal lo que de ella lo aleja. Volver á sentarse en su trono es, pues, la grande obra que el hombre debe llevar á cabo. Ahora bien, como los medios son siempre de la misma naturaleza que el fin, grandes son los medios dados al hombre para que llegue á su fin último. Emplearlos con valor y perseverancia es, pues, realizar una gran cosa para la que es indispensable el don de fortaleza (1). ¿Cuáles son estos medios de rehabilitacion y de conquista? Son en número de diez, llamados por excelencia el *Decálogo*, ó las diez palabras.

Estas diez palabras son como diez encarnaciones de Dios. Practicándolas el hombre, se convierte en un decálogo viviente, se rehabilita, se hace rey y en cierto modo Dios. Cumplir, pues, el decálogo es la gran cosa que el hombre debe hacer, la única para que le ha sido dado el tiempo.

Esta empresa es tan difícil como grande. Tres potencias formidables se han coaligado para hacerla fracasar: el demonio, la carne y el mundo. El demonio: lo que llevamos dicho en la primera parte de nuestra obra nos dispensa de hablar de la astucia, de la crueldad, del odio de este primer enemigo, y por consiguiente, de los peligros que

1. Ad magna præmia perveniri non potest, nisi per magnos labores. *S. Greg., in Evang. Homil., xxxvii.*

nos hace correr. Faraon, que uniendo la hipocresía á la crueldad, emprende el exterminio del pueblo de Israel; Nabucodonosor, que hace arrojar á los jóvenes hebreos en un vasto horno; encendido siete veces más que de costumbre y cuyas llamas se elevan hasta el cielo; Herodes, el verdugo de los niños de Belem, representan imperfectamente al demonio, con su odio, con sus astucias y su insaciable sed de almas.

La carne, foco incandescente donde arden dia y noche, desde la cuna hasta el sepulcro, la delectacion, el amor, la vanidad, la cólera, el deseo, la animadversion, el odio, la tristeza, la osadía, la insubordinacion, la esperanza, el miedo, la desesperacion. ¿Cómo representaremos esta carne que conspira siempre contra el espíritu? Es Eva, que ofrece el fruto prohibido á su marido, y le invita á gozarse con ella en el mal. Es la muger de Putihpar, que solicita al crimen al hermoso y casto Josef. Es Tamar, que ataviada con vestidos de cortesana, se sienta en la encrucijada, para esperar á Judá y enredarlo en sus lazos vergonzosos. Es Dálila, que adormece á Sanson en su regazo, le corta la cabellera donde residia su fuerza y lo entrega á los Filisteos, es decir, á los demonios que le sacan los ojos y se divierten con él.

Hábil la carne para arrastrar al mal, no lo es ménos para apartar del bien. No hay género de guerra contra sí mismo que el hombre no deba conocer; no hay sacrificio que no deba estar pronto á imponerse. Ya es una pasion largo tiempo alimentada que es preciso dominar; ya una amistad llena de encantos seductores que es necesario cortar; ya bienes malamente adquiridos que es preciso restituir; y para todo esto, ¿qué de reclamaciones, qué de objeciones, que de dificultades y extorsiones no hay que su-

frir! Otras veces llama Dios á una vocacion sublime: quiere un sacerdote, un misionero, una carmelita, una hija de la caridad; los cuales, como Abraham, deben abandonar la tierra de sus padres, su familia, sus amigos y partir á remotas regiones. ¿Quién podrá decir las lágrimas, las súplicas, los pretextos, los obstáculos, que la carne y la sangre oponen aquí tambien al divino llamamiento? Y sin embargo, bajo pena de muerte, es preciso sobreponerse á todo.

El mundo: turba inmensa de renegados que se agitan en medio de placeres insensatos, y cuyas provocaciones, chocarrerías, máximas, costumbres, lujo, fiestas, teatros, modas, festines, grabados, estatuas, bailes, cantos, escritos, son otros tantos dardos inflamados. Es preciso que el hombre viva en medio de esa fascinacion general, sin dejarse fascinar; en medio de ese incendio de lujuria, sin quemarse, como los tres niños hebreos en el horno de Babilonia sin perder siquiera uno de sus cabellos. Vencer al demonio, vencerse á sí mismo, tal es la obra que el hombre debe realizar, obra inmensa y muy por encima de sus fuerzas. Con todo, esta es la primera y más fácil parte de su tarea, padecer es la segunda.

Padecer. San Antonio y Santo Tomás aducen muchas razones, para probar que exige más fuerza el padecer que el obrar. Sin duda, dicen, atacar y arrojarse en el peligro es antes, en cuanto al tiempo, que padecer y sufrir. Sin embargo, padecer y sufrir toca más á la esencia de la fortaleza, es más noble, más difícil y más perfecto. Desde luego, es más difícil combatir contra uno más fuerte, que contra otro más débil.

Ahora bien, el que ataca se presenta como más fuerte, mientras el que sostiene el choque aparece más débil.

Además, aquel que sufre y padece, siente actualmente el mal y el peligro, en tanto que aquel que ataca no los ve más que como posibles. Pues bien, es más fácil impresionarse por el mal presente que por el futuro. En fin, el padecer supone un largo período de tiempo, mientras que el atacar puede verificarse en un abrir y cerrar de ojos. Mas para continuar largo tiempo impertérrito en el ataque, el peligro y el dolor, se necesita mucha más energía que para llevar á cabo de repente una obra difícil (1). De aquí esta sentencia de un gran capitán: No son las mejores tropas las más ardorosas en el combate, sino las más duras en la fatiga.

¿Qué es lo que el hombre debe padecer? Mejor sería preguntar, qué es lo que no debe padecer. Dolores físicos y dolores morales, nacidos unos de adentro, venidos otros de afuera, *foris pugna, intus timores*; enfermedades de todo género y de todos los órganos, pobreza, contradicciones, calumnias, injurias, injusticias, ataques por parte del mundo, del demonio y de la carne, en una palabra, penas del cuerpo y del alma bajo todas las formas; tal es el cortejo que rodea al hombre durante todo el curso de su peregrinación sobre la tierra.

Y no hablamos más que de la condición común á todas las existencias. Con frecuencia el hombre, y sobre todo el cristiano, está predestinado á sufrimientos excepcionales. Su virtud irrita al mundo y al demonio. Contra él especialmente se dirigen su odio, sus sarcasmos, sus desprecios. Para él, hoy como otras veces, se forjan en la mayor parte de la tierra las cadenas, se abren las prisiones, se levantan las horcas, se afilan los sables y se encienden las hogueras. Es preciso que el hombre, el niño, y el anciano y la tímida don-

1. *S. Th.*, 2, 2, q. 123, art. 6.—*S. Anton.*, 17, p., tit. xiii, c. 1.

cella desafien todo este aparato de muerte y la muerte misma: la apostasía sería el infierno.

¿Pero qué es el hombre? La misma debilidad. Buscad lo más débil que hay en la naturaleza, una hoja que el viento arrebatara, esto es el hombre. Así lo define el mismo Espíritu Santo: *Folium quod vento rapitur* (1). Incapaz de concebir un pensamiento bueno, no puede hacer ni querer por sí mismo, cosa que pueda aprovecharle [para su último fin. Inconstante, forma buenas resoluciones que no cumple. Cobarde, le asusta la menor pena; sensual, tiene horror á la mortificación; insubordinado, le pesa el yugo de la obediencia. A la más pequeña violencia que tiene que hacerse por Dios, ya se presenta el descontento en el fondo de su corazón, la resistencia en su voluntad, la oposición en su espíritu, la queja y la murmuración en sus labios. Ved lo que es, y nada más, esa hoja seca que se llama hombre.

Y sin embargo, es necesario que [este ser tan débil se convierta en la fuerza por excelencia; es necesario que este hijo de Dios llegue á ser perfecto como su Padre. A pesar de todos los obstáculos que hemos señalado, á pesar del demonio, á pesar del mundo, á pesar de sí mismo, es preciso que este rey caído reconquiste el trono que perdió. Medid su debilidad, medid la magnitud de la empresa, y tendreis medida la necesidad continua que tiene del don de fortaleza.

Gracias á este divino don, el mundo, desde hace diez y ocho siglos, no está viendo más que increíbles maravillas. Ha visto millones de almas, almas de ricos y almas de pobres, almas de sabios y almas de ignorantes, almas de ancianos y almas de niños, en el claustro y en el siglo, en Oriente y en Occidente, bajo todas las latitudes, fuertes y

1. *Job.*, xiii, 25.

valerosas, y constantes en la ejecución de sus santos propósitos; fuertes y valerosas para vencer las tentaciones; fuertes, magnánimas y generosas para soportar las adversidades y los dolores. El mismo Espíritu Santo les rinde este homenaje: "Los cuales por fé conquistaron reinos, obraron justicia, alcanzaron las promesas, cerraron las bocas de los leones, convalecieron de enfermedades, fueron fuertes en guerra, pusieron en huida ejércitos extranjeros, y devolvieron á las mujeres sus muertos resucitados (1)."

Conocemos lo que han hecho: ¿qué es lo que han padecido? "Los unos fueron estirados, no queriendo rescatar su vida, por alcanzar su resurrección. Otros sufrieron escarnios, y azotes, y cadenas, y cárceles: fueron apedreados, aserrados, probados, murieron muerte de espada, anduvieron de acá para allá, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, desamparados, angustiados, afligidos: de los cuales el mundo no era digno: andando descaminados por los desiertos, en los montes y en las cuevas, y en las cavernas de la tierra. Y por eso teniendo también puesta sobre nosotros una tan grande nube de testigos, dejando todo el peso del pecado que nos cerca, corramos con paciencia á la batalla, que nos está propuesta (2)."

Hé aquí lo que el mundo ha visto; he aquí lo que el mundo ha oído. En nombre de todos estos discípulos de la fortaleza ha oído á Pablo lanzando este sublime reto á todas las potencias enemigas: "Nada temo; porque lo puedo todo en aquel que me conforta. ¿Pues quién nos separará del amor de Cristo? ¿tribulación? ¿ó angustia? ¿ó hambre? ¿ó desnudez? ¿ó peligro? ¿ó persecucion? ¿ó espada?... Estoy cierto que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni cosas presentes, ni venideras, ni vio-

1. *Hebr.*, xi, 33, 34, 35.

2. *Hebr.*, xi, 25; xii, 1.

lencia, ni altura, ni profundidad, ni otra criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Jesucristo Señor nuestro (1)."

Ha oído á Teresa de Jesus, tomando por divisa: "O padecer, ó morir." Ha oído á una de las hijas de Teresa, Magdalena de Pazzis, decir, si posible fuera, con más sublimidad que su madre: "Padecer y no morir." Ha oído á Juan de la Cruz, resumiendo sus votos en estas palabras: "Padecer y ser despreciado por Dios." ¿Cuántos otros sublimes gritos, igualmente desconocidos del mundo pagano, han resonado en los oídos de la humanidad cristiana, desde el día en que el Espíritu de fortaleza descendió sobre ella? ¿Y para creer en el cristianismo hay todavía quien pide milagros!

3. ¿Cuánta es la necesidad del don de fortaleza? Después de lo que acabamos de decir, parece supérflua esta pregunta; sin embargo, no tiene nada de eso. Respecto al don de fortaleza como á los demás del Espíritu Santo, el hombre se encuentra en la alternativa inevitable que hemos apuntado: ó vivir bajo el imperio del Espíritu de fortaleza, ó pasar la vida debajo de la tiranía del Espíritu contrario? Qué Espíritu es este? El de pereza (2). Véamos en qué consiste este espíritu y qué efectos produce en el hombre y en el mundo.

La pereza es un entorpecimiento espiritual, que nos impide cumplir con nuestros deberes (3). Es el clorofórmico de Satanás.

1. *Act.*, xx, 24, *Philipp.*, iv, 13; *Rom.*, viii, 35-39.

2. Spiritus fortitudinis illuminat Spiritum tristem accidia, quæ propter tedium laboris subterfugit viriliter bona operari, infirmitate victus sensualitatis. *S. Anton.*, iv, p., tit. X, c. 1.

3. Accidia est torpor mentis bona spiritualia inchoare abhorrentis et inchoata perficere fastidientis. *Ferraris, verb. Accidia*

Apénas se inocula este vírus en el alma, la embota y hace que le produzca náuseas todo lo que es un bien espiritual. Su último fin, la amistad de Dios en este mundo, su gloria en el otro, los medios de llegar á ella, los deberes, las virtudes, los sermones, las fiestas, los sacramentos, la oracion, las buenas obras, todo, todo lo que sea religion es para ella una carga y le da fastidio.

De donde nace, segun la explicacion de San Gregorio, la pusilanimidad, *pusillanimitas*, especie de abatimiento y de molicie ante cualquier obligacion, por poco costosa que sea, tal como el ayuno, la abstinencia, la mortificacion de los sentidos ó de la voluntad: la tibieza, *torpor*, que prescinde del deber, ó no lo cumple sino imperfectamente ó con descuido y negligencia: la distraccion del espíritu, *mentis evagatio*, que en los ejercicios de religion, está pensando en todo ménos en la presencia de Dios: la inestabilidad del corazon, *instabilitas cordis*, cuyas inconstancias para el bien son más difíciles de contar que los movimientos de una caña agitada por vientos contrarios: la malicia, *malitia*; al pensar en los deberes impuestos al hombre y al cristiano, el perezoso siente como pesar de haber nacido, y sobre todo, de haber nacido en el seno del cristianismo: el odio, *rancor*, hácia el sacerdote y hácia cualquiera que le predique sus obligaciones, y aún hácia los mismos objetos materiales que se las recuerdan: el fomento de todos los vicios, porque escrito está en la ociosidad, hija de la pereza, que enseña toda especie de mal; en fin, el desaliento, la desesperacion y la impenitencia final (1).

Se comprende el estado á que debe llegar un hombre, un pueblo, un mundo, bajo la tiranía de este demonio. Si no hay nada más brillante que el cuadro de los discípulos de

1. Apud Ferraris. verb. *Aecidia*.

la fortaleza trazado por el mismo Espíritu Santo, nada hay más triste que el retrato de los esclavos del Espíritu de pereza.

Ser degradado, sin energía para el bien, estúpidamente indiferente para sus intereses eternos, confundiendo todas las religiones en un comun desprecio á fin de no practicar ninguna, hundido en la materia, el perezoso espiritual, hombre, pueblo ó mundo, quiere y no quiere á la vez. Tiene oídos y finge no oír, ojos, y finge no ver, piés, y no se mueve, manos, y no trabaja. Se parece á una puerta que se abre y se cierra veinte veces al dia, y por la noche se encuentra siempre en el mismo lugar. Esconde la mano debajo de su sobaco, y le cuesta trabajo si la ha de llevar á la boca (1).

Este hombre, este pueblo, este mundo, no solamente se degrada, sino que además se hace pobre de verdades y de virtudes. Oigamos todavía al Espíritu Santo: El león está en la calle, dice el perezoso, y la leona en los caminos; si salgo, seré devorado. Pasé por el campo del hombre perezoso y ví que estaba todo lleno de ortigas, y las espinas habían cubierto su superficie, y la cerca de piedras estaba destruida.

Imita, pues, á la hormiga, perezoso, aprende en su escuela. Durante el verano acopia para el invierno. ¿Hasta cuándo, perezoso, dormirás tú, hasta cuándo estarás bostezando?

Y te vendrá la indigencia como caminante, y la pobreza como hombre armado. Como el vinagre á los dientes y el humo á los ojos; así es el perezoso á aquellos que lo envían. Si esto es para los hombres ¿qué será para Dios? Espada arrinconada que se enmohece, pié inactivo que se hincha,

1. *Prov.*, xxvi, 13. 15.

vestido arruinado que la polilla devora, agua corrompida donde se forman y bullen los insectos más asquerosos, alimento desabrido que se arroja de la boca y no se vuelve á tomar jamás. No debe ser apedreado el perezoso con piedras, no es digno de ellas; sino con el estiércol de los bueyes (1).

1. De stercore boum lapidatus est piger; et omnis qui tetigerit eum excutiet manum ejus. *Eccl.* xxii, 2; xxiii, 29; *Prov.*, vi, 11; x, 26; xiii, 4; xxiv, 30.—*De stercore boum*, dicen los comentadores: porque el buey es modelo de trabajo.

## CAPITULO XXXI.

### EL DON DE CONSEJO.

SUMARIO.—Lo que es el don de consejo.—En qué se distingue de la prudencia y del don de ciencia.—Efectos del don de consejo.—Respecto á nuestra vida y la vida de los demás.—Palabras de Donoso Cortés.—El don de consejo ha creado las órdenes religiosas.—Explicacion de este hecho.—Inmenso beneficio del don de consejo.—Necesidad del don de consejo; se opone á la avaricia.—Explicacion.—Naturaleza de la avaricia y sus efectos con relacion al hombre y al mundo.

El don ó espíritu de fortaleza, superior á esta virtud en extension y energía, tiene dos objetos: hacer y padecer. Está colocado en medio de los siete dones como un rey en medio de sus oficiales para protegerlos y dirigirlos. Gracias á su influencia, se hace el hombre capaz de llevar á feliz término la gran empresa para que está en el mundo, la conquista del cielo. Entonces retroceden delante de él las tres potencias, coligadas para detener su marcha: el demonio, la carne y el mundo; y él soporta con valor indomable las fatigas del eterno combate y ofrece al cielo y á la tierra el más bello espectáculo que puedan contemplar.

Este don de fortaleza, necesario al hombre, á la sociedad y á la humanidad entera para hacer ó padecer noblemente grandes cosas, no lo es ménos para preservar de la esclavitud del espíritu contrario, que es la pereza. Esta que degrada al hombre y lo empobrece, y hace despreciable, ofrece un triste contraste con el espíritu de fortaleza, tal como se ha manifestado en todos los siglos y se manifiesta hoy mismo en todos los países católicos.